

**PRÓLOGO DE FERNANDO ALONSO**

# **VOLANDO SOBRE EL ASFALTO**

**ANTONIO  
LOBATO**

**LOS AÑOS QUE  
TOCAMOS LA GLORIA  
EN LA FÓRMULA 1**



ANTONIO LOBATO

# VOLANDO SOBRE EL ASFALTO

*Los años que tocamos la gloria en la Fórmula 1*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Antonio Lobato Porras, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Fotografías del interior: © Antonio Lobato, © José María Rubio

Primera edición: marzo de 2015

Depósito legal: B. 3.156-2015

ISBN 978-84-08-13819-8

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print C. P. I.

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Índice

<i>Prólogo</i> , por Fernando Alonso . . . . .	13
<i>Palabras de Pedro de la Rosa y Marc Gené</i> . . . . .	15

## 1

### INVIERNO DE 2004

#### *La génesis*

Ansiedad . . . . .	19
En vía muerta . . . . .	21
La primera vez . . . . .	24
2004: esta vez sí . . . . .	28
De los Borbones a los Searas . . . . .	32
Se busca narrador, desesperadamente . . . . .	36
La segunda entrevista . . . . .	40
Un aprendiz, muchos «expertos» . . . . .	43
La doble quilla . . . . .	47
Los cuatro de Londres . . . . .	50
El primer viaje: Australia 2004 . . . . .	55
Malasia: segunda carrera . . . . .	67
La magia de Tamburello . . . . .	71
Mónaco: la gloria tendrá que esperar . . . . .	72
Mi primera vez con Fernando . . . . .	83
La apuesta . . . . .	87
El día que Alonso nos sacó la pasta . . . . .	91
Francia: <i>pole</i> , podio y piscina . . . . .	94
Maon: pánico en Suzuka . . . . .	99
La última carrera: favelas y disparos . . . . .	110

## 2

## TEMPORADA 2005

*Si esto es un sueño, que nadie me despierte*

La peor entrevista de mi vida . . . . .	117
Otra vez en marcha . . . . .	121
Mi primera victoria . . . . .	127
Lágrimas en Bahreín . . . . .	130
La hora de Nippon Ichi . . . . .	131
El primer duelo con Michael . . . . .	135
La marea azul . . . . .	139
Kimi se perfila como rival . . . . .	149
La carrera que no narré . . . . .	153
La difícil situación de Pedro . . . . .	158
Cada vez más cerca . . . . .	163
Italia: sonrisas y lágrimas . . . . .	169
Brasil: la pasión se desborda . . . . .	185
Gente cruel . . . . .	193
El día de Alonso: 25 de septiembre de 2005 . . . . .	194
Cita con Schumi en la 130 R . . . . .	204
China: la invasión astur . . . . .	207
Los premios . . . . .	210

## 3

## TEMPORADA 2006

*Esta vez contra Michael*

Volver a empezar . . . . .	215
El coche va bien . . . . .	219
Con el 1 en Bahreín . . . . .	221
Un equipo de galácticos . . . . .	225
Malasia: lleno, por favor . . . . .	228
Imola: la revancha de Michael . . . . .	232

Al infierno con Fernando. . . . .	235
El rey de las mareas . . . . .	238
Piloto por un día . . . . .	244
Mónaco: prohibido aparcar . . . . .	249
Fútbol clandestino. . . . .	255
Supersticiones . . . . .	261
Biopsias y cantadas de Renault. . . . .	264
Pedro contra Hamilton . . . . .	268
Renault entra en pánico. . . . .	270
Traiciones estivales . . . . .	276
Café turco . . . . .	278
El atraco de Monza . . . . .	280
Igualados a puntos: máxima tensión. . . . .	286
El milagro de Suzuka. . . . .	289
Otra vez en Brasil . . . . .	293
<i>Índice onomástico</i> . . . . .	303

## Ansiedad

No puedo respirar. Me ahogo. Noto como mi corazón late dentro de mi garganta y una sensación de asfixia se hace cada vez más angustiada. Es de noche y estoy solo, sentado dentro de mi coche en un aparcamiento. Es bueno estar sentado porque noto descargas eléctricas que parten de mis piernas y se extienden hacia el abdomen y el pecho. Algo no va bien. Trato de calmarme; sin embargo, mi cuerpo responde con un escalofrío cada vez que intento moverme. El corazón me golpea desde dentro como si quisiera salir del cuerpo. Y lo entiendo.

«¡Pum, pum, pum!»

Yo también lo abandonaría en este mismo instante. Creo que si toso fuerte saldrá por la garganta y seguirá latiendo encima del salpicadero. Es posible que muera, pero al menos me quitaré esta desagradable sensación de tenerlo atravesado en medio de la tráquea.

«¡Pum, pum, pum!»

Decido no toser —ya saben, esa tendencia natural del ser humano a la supervivencia— y a cambio respiro hondo, pero no hay alivio. Alguien ha quitado el oxígeno del aire que entra en mis pulmones y hace que mis esfuerzos sean en vano. Tengo una infinita sensación de vacío. Puedo sentir cómo fluye la sangre por mi cabeza y el repicar de latidos que se amplifica. Noto cada sístole y cada diástole en mi cerebro, en mi estómago, creo que hasta en mi alma.

En el aparcamiento de Telecinco no se ve a nadie y, aunque necesito ayuda, no quiero que me vean así. Busco en el bolsillo del abrigo el teléfono y en una desacompasada y torpe serie de movimientos le doy a un botón. La pantalla ilumina

el interior del coche y la luz se me clava en los ojos como si desprendiese alfileres. El corazón ha aumentado su velocidad unos cinco latidos más por minuto. Vuelvo a respirar profundo, sin alivio. Cuando por fin acostumbro mis ojos al intenso brillo, busco en la lista de favoritos un nombre mágico.

—Carmen...

—Hola, es muy tarde. ¿Ya vienes a casa?

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—No puedo volver.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Tranquilo, no pasa nada. Ven a casa. Ya verás como Alba y yo hacemos que te olvides de todo con un buen abrazo.

—Necesito más que eso. Necesito que me escondáis, perderme con vosotras y que nadie me encuentre.

—Sabes que eso es imposible, pero podemos esconderte hasta mañana —dice mi mujer en tono de broma, tratando de desdramatizar el momento—. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No hace falta. Ya estoy mejor. Gracias. Un beso.

—Besitos. Ven con cuidado.

La luz de la pantalla se apaga cinco segundos después de colgar. Vuelvo a quedarme solo. Respiro varias veces y después de unos segundos giro por fin la llave de contacto de mi Lada Niva. Arranca. Mi corazón ha perdido velocidad. Por fin ha frenado un poco. Vuelvo a casa. Mañana será otro día.



## En vía muerta

No sé si alguna vez han tenido una crisis de ansiedad. Yo solamente ésa. No fue algo instantáneo, que llegó de repente y de pronto se marchó. Fue un proceso de acumulación. Vas amontonando pequeñas tensiones y las vas colocando dentro de ti, en un lugar donde no molesten. Un buen día no caben más. Cuando la presión es ya excesiva, salta la alarma. Lo que yo sentía en ese invierno de 2004 era algo parecido a acelerar un coche sin soltar el embrague. Cada vez pisas más porque tienes muchas cosas que solucionar y lo quieres hacer rápido, pero como no levantas el pie del embrague, no te mueves y entonces aceleras aún más. El ruido y las vibraciones son cada vez mayores, las revoluciones tocan la zona roja y, antes de cargarte el motor, el cuerpo llega al corte de encendido: la crisis de ansiedad. No te has movido un centímetro.

Así estaba yo en Telecinco. Llevaba un tiempo como jefe de deportes de informativos y no me había movido un centímetro en años. La cadena no tenía retransmisiones deportivas ni interés por ellas. Por no tener, no teníamos ni fútbol. Éramos la única televisión que no compraba los resúmenes de los partidos de Liga. Por una sentencia judicial se nos permitía grabar en cada partido con una cámara a pie de campo. Obviamente, emitíamos las peores imágenes, porque los clubes nos ponían en ubicaciones lamentables y, en la mayor parte de los casos, sólo se veían las piernas de los futbolistas. Así, nuestros bloques de deportes, en un país obstinadamente futbolero, no tenían apenas seguimiento.

Tampoco la gente de informativos tenía fe en nosotros. Nos daban entrada en las ediciones diarias de noticias por-

que el espacio de deportes estaba patrocinado. Cuando había un gran acontecimiento deportivo, por regla general el editor de turno lo utilizaba para abrir el informativo y reducía al mínimo el tiempo del bloque de deportes con la excusa de que ya se había contado la noticia. De esta forma salías después de un anuncio del patrocinador que duraba casi tanto como la información de deportes, sin poder hablar de la noticia del día. Por ejemplo, España ganaba la Copa Davis y los enviados especiales conectaban con el presentador/a del informativo, que era quien hacía las entrevistas a los protagonistas, introducía los reportajes sobre la gesta y mostraba cómo se había vivido la victoria en distintos puntos de España. Cuarenta minutos después, yo presentaba un bloque de deportes de dos minutos con el entrenamiento del Real Madrid y las mejores jugadas de la madrugada en la NBA. Patético.

Una vez al año, el director de informativos reunía a los jefes de sección, editores de noticias y presentadores para hacer balance de la temporada y ver en qué se podía mejorar. Para darle un poco más de emoción a la reunión, se presentaba un estudio de alguna empresa especializada en análisis de audiencias y contenidos, pero no había sorpresas. Siempre se llegaba a la misma conclusión: los deportes eran los que más tenían que mejorar. También yo replicaba siempre lo mismo: que podían haberse ahorrado el estudio, porque eso ya lo decía yo diariamente.

Era una situación deprimente y sumamente contagiosa. La gente que trabajaba en la sección había sustituido el brío y el entusiasmo de la juventud por la desidia, la desmotivación y el aburrimiento de los desahuciados. Junto con mi contada gente de confianza, yo luchaba cada día por mantener con vida al enfermo, pero ni el enfermo ni los médicos tenían interés en la curación, y sólo se limitaban a prolongar la agonía. Unos no se daban cuenta de que podían acabar en la calle; los

otros no aprovechaban una sección que brillaba y daba buenas audiencias en otras cadenas televisivas.

He de reconocer que en esos días iba a trabajar sin ilusión. Los domingos por la tarde eran deprimentes porque ya asomaba el lunes. Entrar en la redacción y enfrentarse cada jornada con la monotonía me hacía sentir muy desdichado. Llegué a pensar en dejar el mundo del periodismo y cambiar de vida, pero mientras me decidía sólo me quedaban fuerzas para dejarme llevar y esperar un tren que me alejase de aquel sitio.

Y fue entonces cuando a aquella estación roñosa y desgastada por el tiempo y el hastío llegó el tren. Hacía tanto tiempo que el reloj se había detenido que apenas quedaban viajeros para subir. Cuando lo vimos entrar, por esa vía oxidada y con traviesas carcomidas, avanzando por una catenaria sin chispa, pensamos que no era real, que era un sueño. O el maquinista se había perdido o el operario de las agujas del último cruce se había equivocado al dejarle acceder a aquella vía muerta. Sin embargo resultó que era verdad. El tren estaba allí y había que cogerlo sin conocer el destino. Fue fácil hacerlo. Cuando tienes algo que perder, quizá te lo pienses; pero si no, únicamente hay que vencer el miedo y saltar al vagón sin mirar atrás. Ese tren era la Fórmula 1. Nunca pensé que podía dedicarme a esto. Nunca imaginé que iba a estar más de diez años en este mundo. Entonces no pensé en el destino, tampoco en las consecuencias. Ignoraba las aventuras que me esperaban, la gente que iba a conocer, las emociones, las tensiones, los retos, las dificultades y los peligros que me iba a encontrar. Simplemente me subí al tren.

## La primera vez

Conocí a Fernando Alonso en febrero de 2003, un año antes de que apareciese el tren. Traten de imaginar por un momento la situación. Estoy sentado en mi mesa, preparando los dos minutos de información deportiva que teníamos para ese día, y me llama el director de informativos, entonces Juan Pedro Valentín. Una vez en su despacho, me suelta:

—Antonio, siéntate, que vas a necesitar estar sentado.

Qué quieren que les diga: en ese momento pensé lo peor. Que iban a echar a la mitad de la redacción de deportes, que me iban a echar a mí, que alguien se había quejado de algún comentario que habíamos hecho...

—Juan Pedro, me asustas —le dije mientras me sentaba y se apretaba un pequeño nudo en mi estómago.

Juan Pedro Valentín es un buen tipo: forma parte de ese grupo reducido de personas con las que te puedes ir a tomar una cerveza y a las que no les pega el cargo que tienen porque en el fondo echan de menos su época de reporteros. Juan Pedro es un periodista disfrazado de jefe, de jefe bueno, que no sé si es la mejor forma de ser jefe, pero él es así.

—Vamos a comprar los derechos de la Fórmula 1 y el viernes abriremos en directo el informativo de la noche con una entrevista a Fernando Alonso —me espetó del tirón, casi sin respirar, mientras se dibujaba una sonrisa en su cara.

—Estás de coña, ¿verdad?

—No.

—¿Cuándo es la primera carrera?

—Dentro de dos semanas en Australia.

—¿Quién va a hacerlo?

—La entrevista, tú; el resto ya lo veremos. Cuando le hagas la entrevista en directo, anunciaremos que tenemos los derechos y que vamos a retransmitir el Campeonato del Mundo de 2003.

Juan Pedro, además de un buen jefe, es un hombre tranquilo. Con el tiempo descubrí que la procesión la llevaba por dentro, pero por fuera aparentaba una tranquilidad exasperante ante una situación de máxima tensión.

—¿Ya lo veremos? ¿Juan Pedro, dos semanas! ¿Quién va a narrar? ¿Tenemos que personalizar la señal internacional con imágenes propias? ¿Hay que hacer un programa? ¿Acreditaciones? ¿Viajes? ¿Se pueden hacer entrevistas en el circuito? ¿Quién va a controlar esto? —Lo ametrallé a preguntas mientras me agarraba por el brazo y me empujaba hacia la puerta de su despacho.

—Antonio, prepara la entrevista a Alonso y al resto le vamos dando una vuelta. Ponte a trabajar.

Y ahí me quedé. En la puerta de su despacho, con cara de tonto, con un número de teléfono y una dirección de correo electrónico apuntados en un trozo de papel en la mano y un nudo marinero que estrujaba mi estómago.

No había mucho tiempo. Tenía dos días para organizar la entrevista en Oviedo y conseguir la autorización del equipo Renault F1. Sabía algo de Fernando Alonso: había leído crónicas de su victoria en el Mundial de kárting de 1996 y de su paso triunfal por la Fórmula Nissan en 1999. Recordaba haber grabado con él algún reportaje en Asturias cuando llegó a Minardi en 2001, y haber ojeado noticias de sus carreras, en las que el talento del piloto era inversamente proporcional a la fiabilidad de aquel Minardi que se caía a pedazos en cada gran premio. Poco más conocía de ese Fernando Alonso que hasta entonces había sido invisible para casi todo el mundo.

Cuando quise darme cuenta, estaba subido en un avión con dirección a Asturias. El destino, o quizá la casualidad, hizo que en la sala de recogida de equipajes del aeropuerto de Ra-

nón coincidiese con Fernando Alonso, quien llegaba en un vuelo desde Inglaterra. Estaba solo y pasaba completamente inadvertido entre el resto de viajeros. Me acerqué a él y lo saludé. Fernando tenía veintiún años, una mochila enorme en la espalda y ¡era bajito! Puede parecer una tontería, pero, acostumbrado a entrevistar a futbolistas que me sacaban la cabeza, me llamó la atención que fuese exactamente igual de alto que yo (aunque él siempre dice que me saca dos centímetros, pero no es cierto: es el pelo). Estuvo serio, supongo que incómodo, porque la gente desconocida siempre le ha descolocado, pero amable.

—¿Entonces vais a abrir el Telediario con la entrevista?  
—me dijo justo después de habernos presentado.

—Sí, así es. Durante la entrevista anunciaremos que vamos a retransmitir el Mundial este año.

—Joder, va a ser la primera vez en la historia que la Fórmula 1 abra un informativo en España —me dijo sorprendido, pero con retranca, insinuando con su tono que los medios españoles en general y las televisiones en particular apenas habían prestado atención ni a él ni a su deporte en los últimos tiempos.

Le recordé la hora a la que lo esperábamos esa tarde para la entrevista en directo y, sin más, sin un apretón de manos siquiera, nos despedimos. Se marchó y sonó mi teléfono.

—Antonio, soy Juan Pedro. Tenemos un problema.

—¿Uno nada más? —le dije con sorna.

—No tenemos los derechos, se ha caído todo. Haz la entrevista, pero no anuncies nada.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿No estaba hecho? ¿Qué pinto yo aquí y qué le digo a Alonso esta tarde? ¿Qué sentido tiene hacerle una entrevista?

—Hazla, dile que este año no podrá ser, pero que el próximo, seguro. No sé lo que ha pasado; creo que han tropezado en un punto del contrato y no han llegado a un acuerdo.

—¿Y seguiremos abriendo el informativo con la entrevista?

—De momento sí.

Aeropuerto de Asturias, 13.50 horas de un viernes de finales de febrero de 2003: adivinen quién era el viajero con más cara de tonto de la terminal.

Horas después, ese viajero llegaba al hotel Reconquista de Oviedo, el lugar elegido para realizar la entrevista. Un gran despliegue de luces, cables y cámaras desordenaba el majestuoso claustro del antiguo hospicio convertido en albergue de lujo. Unos metros antes, en la calle, cerca de la puerta principal, había aparcado un pequeño deportivo, un Renault Clio V6, que en una ciudad pequeña como la capital del principado no pasaba inadvertido. Dentro adiviné la figura de Fernando Alonso y junto a él la de una chica rubia, su novia de toda la vida.

Fernando había llegado pronto. Esperó en el coche unos minutos y después decidió entrar solo en el hotel. Se lo veía tenso, incómodo. Le hizo gracia el hecho de tener que maquillarse y bromeó sobre la imposibilidad de arreglar lo suyo. Le expliqué que el contrato se había roto. No demostró contrariedad. Lo único que le interesaba era saber si seguíamos adelante con la entrevista a pesar de todo. Le respondí afirmativamente. No hablaba mucho, costaba sacarle las palabras, pero a pesar de esa manifiesta timidez e introversión había algo en él que llamaba la atención. Miraba a los ojos cuando hablaba y daba la sensación de estar escaneando a todos los que tenía a su alrededor. Fuese lo que fuese, en ese momento me di cuenta de que tenía delante de mí a alguien especial. Pueden llamarlo aura o como quieran, pero ese chaval de veintiún años, que soñaba con ser campeón del mundo de Fórmula 1, desprendía un campo de energía descomunal.